

EL SÍNDROME “E” EN EL TERRORISMO

ANÁLISIS NEUROPSICOSOCIAL DE LA VIOLENCIA EXTREMA

Francisco Javier Moreno Oliver.

Doctor en Psicología. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9306-2125>



INTRODUCCIÓN

El presente artículo analiza el concepto de Síndrome “E”, propuesto por el neurocirujano Itzhak Fried (Fried, Berthoz y Mirdal, 2015), y su utilidad para comprender los procesos psicológicos, sociales y neurobiológicos que permiten que personas comunes participen en actos de violencia organizada, incluido el terrorismo. La violencia colectiva, especialmente la asociada al terrorismo, ha sido históricamente objeto de estudio por politólogos, sociólogos, antropólogos y psicólogos. Sin embargo, en las últimas décadas se ha producido una convergencia significativa con las neurociencias, las cuales han comenzado a explorar cómo factores sociales, ideológicos y grupales pueden modificar ciertos procesos cognitivos y emocionales, facilitando comportamientos extremos (Miczek y Meyer-Lindenberg, 2002; Rosell y Siever, 2015). Dentro de esta perspectiva, el concepto de Síndrome “E” ha adquirido relevancia al intentar describir un conjunto de síntomas psicológicos y neurológicos que emer-

-gen en contextos de violencia masiva (Fried et al., 2015). Este síndrome no busca patologizar ideologías ni clasificar a los perpetradores de violencia organizada como enfermos mentales; más bien, su propósito es mostrar cómo la mente humana, bajo ciertas condiciones, puede reconfigurar sus prioridades morales, inhibir la empatía y adoptar conductas violentas de manera repetitiva y justificada (Raine, 2013; Volavka, 1999). Entre los elementos que caracterizan este estado se encuentran los procesos cognitivos y emocionales que facilitan la radicalización, la construcción del enemigo, la obediencia grupal, la desensibilización afectiva y la repetición sistemática de la violencia, todos reforzados por la interacción con ideologías extremistas y estructuras organizativas que legitiman y recompensan la agresión (Atran, 2015; Atran, 2016; Fiske, 2011).

El Síndrome “E” ofrece, así, un marco útil para analizar el terrorismo contemporáneo, caracterizado por la combinación de dogmatismos ideológicos, cohesión grupal intensa y dinámicas organizativas que incentivan la participación de individuos ordinarios en actos extraordinariamente violentos (Fiske, 2013). Además, este enfoque permite identificar implicaciones para la prevención y la desradicalización, destacando la importancia de intervenciones educativas, comunitarias y políticas que inhiban la escalada hacia la violencia extrema, fomenten la empatía y fortalezcan la resiliencia social frente a la manipulación ideológica (Berns, 2008).

En síntesis, integrar perspectivas neurobiológicas, psicológicas y sociológicas a través del marco del Síndrome “E” ofrece una explicación complementaria sobre cómo mecanismos como la obediencia, la deshumanización, la desensibilización y la repetición conductual pueden transformar a personas comunes en agentes activos de violencia organizada, proporcionando una base conceptual sólida para estrategias de prevención, intervención y estudio del terrorismo moderno.

CONCEPTO DE SÍNDROME “E”: FUNDAMENTOS TEÓRICOS

El Síndrome “E” surge como un intento de explicar cómo individuos psicológicamente normales pueden participar en atrocidades sistemáticas sin experimentar remordimiento. No se trata de un trastorno mental individual, sino de un estado colectivo de violencia desinhibida que aparece cuando la estructura social, la presión grupal y ciertas ideologías convergen para transformar la conducta humana (Atran, 2015; Fiske, 2011). Su fundamento se expresa en una serie de rasgos interrelacionados.

En primer lugar, se produce una reducción —o incluso supresión— de la empatía, lo que dificulta percibir al otro como un ser humano con sentimientos y derechos (Fiske, 2013; Rosell y Siever, 2015). A esta disminución afectiva se suma una obediencia extrema a la autoridad o al grupo, que favorece la suspensión del juicio individual y la aceptación acrítica de órdenes (Atran, 2016). Paralelamente, la ideología se vuelve rígida e impermeable al razonamiento crítico, generando una visión del mundo dicotómica en la que cualquier duda se interpreta como traición o debilidad (Berns, 2008).

Dentro de este marco cognitivo y emocional, la violencia comienza a institucionalizarse mediante conductas repetitivas y automatizadas: el daño se convierte en rutina, en una tarea mecánica desprovista de cuestionamiento moral (Volavka, 1999). Esta automatización se acompaña de una ausencia casi total de angustia moral o disonancia, dado que las acciones violentas se perciben como normales, necesarias o inevitables (Raine, 2013). Al mismo tiempo, la percepción del enemigo se deshumaniza: el otro se reduce a un símbolo, una amenaza o una abstracción, lo que facilita infligir sufrimiento sin conflicto emocional (Fiske, 2011; Atran, 2015). Finalmente, todo este proceso se sostiene mediante la justificación racional de la agresión: la violencia se reviste de argumentos morales, políticos o identitarios que legitiman su ejercicio y la presentan como un medio para alcanzar un bien superior (Atran, 2016).

Desde una perspectiva neurobiológica, Fried (2015) sugiere que la activación prolongada de sistemas vinculados al miedo, la obediencia grupal o la sensación de amenaza existencial puede inhibir las funciones de la corteza prefrontal, región clave para la reflexión moral, la regulación emocional y la empatía (Fried et al., 2015; Rosell y Siever, 2015). Cuando estas funciones se debilitan, emergen patrones de conducta más rígidos y agresivos, especialmente en contextos donde el grupo o la autoridad refuerzan tales comportamientos (Miczek y Meyer-Lindenberg, 2002).

No obstante, es en el plano psicosocial donde el Síndrome “E” encuentra su verdadero origen: son las ideologías cerradas, las narrativas polarizadoras y las estructuras organizativas las que moldean la subjetividad, permitiendo que la violencia se naturalice y se perciba no solo como tolerable, sino como una exigencia moral dentro de un marco colectivo (Atran, 2015; Fiske, 2013).

LA DESHUMANIZACIÓN Y LA CONSTRUCCIÓN DEL ENEMIGO

La deshumanización constituye uno de los mecanismos fundamentales mediante los cuales las organizaciones terroristas y otros colectivos violentos moldean la percepción del adversario hasta convertirlo en un objeto prescindible (Fiske, 2011; Atran, 2015). En el contexto del Síndrome “E”, caracterizado por la supresión de la empatía y la normalización de la violencia masiva, este proceso funciona como una base psicológica que permite justificar actos extremos sin generar disonancia moral en quienes los ejecutan (Rosell y Siever, 2015; Fried, Berthoz y Mirdal, 2015). Presentar al enemigo como algo distinto de un ser humano con derechos, emociones y una historia propia facilita su reducción a un mero obstáculo o a una amenaza existencial cuya eliminación parece no solo legítima, sino necesaria (Fiske, 2013).



Uno de los recursos más frecuentes es el uso de lenguaje animalizante, mediante el cual el otro se describe como “rata”, “parásito” o “infiel”. Este tipo de denominaciones no solo degrada al adversario, sino que construye implícitamente una lógica higienista: así como se erradican plagas, también se justificaría erradicar al enemigo (Atran, 2016; Fiske, 2011). Al mismo tiempo, se promueven narrativas de pureza frente a corrupción, donde el grupo propio se presenta como guardián de una esencia moral superior y el enemigo como agente contaminante. Esta dicotomía absolutista facilita la idea de que cualquier acción violenta forma parte de una misión de restauración o preservación (Atran, 2015).

Los discursos de violencia redentora refuerzan este marco al presentar la agresión como una forma de purificación o liberación, tanto individual como colectiva (Fiske, 2013; Atran, 2016). Desde esta perspectiva, la violencia deja de ser un acto inmoral para convertirse en un deber ético. Finalmente, la reducción del adversario a una entidad abstracta —“Occidente”, “el régimen”, “la invasión”— elimina cualquier posibilidad de interacción humana directa. Al no enfrentarse a personas concretas, sino a categorías impersonales, se diluye la responsabilidad moral y se facilita la participación en actos extremos (Atran, 2015; Fiske, 2011).

La combinación de estos elementos desactiva progresivamente la empatía, un fenómeno que coincide plenamente con los mecanismos del Síndrome “E” (Fried et al., 2015; Rosell y Siever, 2015). A través de esta construcción simbólica del enemigo, la violencia se vuelve psicológica y socialmente aceptable para quienes la ejercen, consolidando uno de los pilares más peligrosos de la radicalización colectiva (Atran, 2016; Fiske, 2011).

LA OBEDIENCIA GRUPAL Y LAS ESTRUCTURAS JERÁRQUICAS

La obediencia a la jerarquía desempeña un papel decisivo en la transformación de individuos comunes en agentes capaces de ejecutar actos inmorales sin cuestionarlos (Milgram, 1974; Zimbardo, 2007). Los experimentos de Milgram y las teorías sobre la desindividualización han demostrado que, bajo determinadas circunstancias, las personas pueden subordinar su criterio moral a la autoridad (Milgram, 1974; Zimbardo, 2007). En contextos terroristas, esta tendencia se amplifica debido a varios factores que se entrelazan y refuerzan mutuamente (Atran, 2015; Fiske, 2013).

En primer lugar, las jerarquías rígidas establecen una cadena de mando donde los líderes definen la moral del grupo y determinan qué conductas son legítimas, deseables o necesarias. Esta estructura vertical se combina con normas internas estrictas que penalizan la desobediencia mediante la exclusión, el castigo o incluso la violencia, generando un entorno en el que disenter resulta psicológicamente costoso y materialmente peligroso (Atran, 2016; Fried et al., 2015).

Además, las recompensas simbólicas —desde el reconocimiento dentro de la organización hasta la promesa de trascendencia religiosa o política— funcionan como incentivos que consolidan la lealtad y justifican la participación en acciones extremas (Atran, 2015). A ello se suma una identidad grupal absorbente que disuelve la individualidad: el sujeto deja de concebirse como un “yo” autónomo para fundirse en un “nosotros” que dicta el sentido de pertenencia, propósito y comportamiento (Tajfel y Turner, 1986).

Bajo estas condiciones, la obediencia no se basa únicamente en el miedo a las consecuencias, sino en la internalización profunda de la autoridad y de los valores del grupo (Zimbardo, 2007; Atran, 2016). En el marco del Síndrome E, esta interioriza-



-ación convierte la violencia en un deber moral: un acto que se ejecuta no por coacción, sino porque se percibe como la única forma coherente de actuar dentro de la lógica colectiva que domina al individuo (Fried et al., 2015).

RADICALIZACIÓN Y LA DINÁMICA DE LA VIOLENCIA REPETITIVA

La radicalización dentro del terrorismo constituye un proceso progresivo que transforma profundamente las creencias, las emociones y la identidad de los individuos, llevándolos a la adopción y repetición sistemática de la violencia (Atran, 2016). Este recorrido suele comenzar en un estado de frustración y búsqueda de sentido, etapa en la que la persona experimenta malestar, desorientación o una sensación de injusticia que la hace receptiva a explicaciones absolutas y a propuestas de pertenencia sólida (Atran, 2015; McCauley y Moskaleiko, 2011). A partir de allí, el contacto con ideologías extremistas ofrece respuestas simples a problemas complejos y construye una narrativa dicotómica que divide el mundo entre aliados y enemigos, proporcionando un marco interpretativo que satisface la necesidad de claridad y propósito (Fiske, 2013; Atran, 2016).

Con el tiempo, esta aproximación ideológica se acompaña de un aislamiento progresivo del mundo externo, que puede ser físico, emocional o cognitivo. Las fuentes alternativas de información y las relaciones que podrían cuestionar el discurso extremista se reducen o desaparecen, permitiendo que el grupo o la doctrina se conviertan en la única referencia válida. Este aislamiento facilita el siguiente paso: el adoctrinamiento intensivo, un proceso en el que se refuerzan creencias rígidas, se redefine la moralidad y se modela la identidad personal de acuerdo con los parámetros del colectivo (Atran, 2015). En esta etapa, comienza a integrarse la idea de la violencia como un acto legítimo e incluso necesario (Atran, 2016; Fried et al., 2015).

A partir de este adoctrinamiento, la violencia empieza a normalizarse: deja de percibirse como una excepción y se convierte en un comportamiento esperado, justificado por la ideología y las dinámicas internas del grupo. La percepción del daño se desensibiliza y el acto violento deja de generar conflicto emocional (Fiske, 2013). Finalmente, esta normalización desemboca en la ejecución y repetición del acto violento. La agresión ya no se concibe como una transgresión moral ni como una acción extraordinaria, sino como una práctica rutinaria. La repetición funcional de la violencia, frecuente en ciertos entornos terroristas, constituye una de las manifestaciones más evidentes del Síndrome "E": el acto violento se transforma en un hábito operativamente necesario, casi un deber administrativo, ejecutado con una combinación de automatización, desapego emocional y disciplina grupal (Fried et al., 2015). En este estado, la violencia deja de ser un medio y se convierte en parte integral de la identidad del individuo radicalizado (Atran, 2016).

LA NEUROCIENCIA DE LA VIOLENCIA EXTREMA

La neurobiología permite comprender cómo, aunque el terrorismo no tenga un origen biológico, ciertos procesos neuropsicológicos influyen en la capacidad del individuo para adaptarse y sostener conductas violentas (Fried, 2017; Rosell y Siever, 2015).

Uno de los primeros mecanismos implicados es la inhibición de la empatía. La exposición continua a discursos deshumanizantes y a narrativas que presentan al enemigo como una amenaza existencial reduce la activación de regiones cerebrales vinculadas con la empatía, como la corteza frontal ventromedial (Rosell y Siever, 2015). Esta disminución del procesamiento emocional facilita que el otro deje de ser percibido como un ser humano con valor intrínseco, allando el camino

ppara conductas agresivas sin conflicto moral (Fiske, 2013).

A este proceso se suma la activación del circuito de recompensa. En entornos radicalizados, la aprobación del líder o del grupo funciona como un potente refuerzo psicológico (Atran, 2016). La validación social, el reconocimiento interno o la promesa de trascendencia pueden generar sensaciones de logro o euforia directamente asociadas con la participación en actos violentos (Rosell y Siever, 2015). Con el tiempo, esta dinámica adquiere un carácter casi adictivo: la violencia se convierte en una vía para obtener gratificación, consolidando un ciclo en el que el daño infligido se percibe como una fuente de recompensa emocional o simbólica (Fried, 2017; Atran, 2010).

Finalmente, la desensibilización emocional desempeña un papel esencial en la consolidación de la violencia extrema. La repetición sistemática de actos agresivos atenúa progresivamente la respuesta emocional negativa del cerebro, haciendo que cada nuevo episodio resulte menos impactante y más fácil de ejecutar. Esta reducción de la aversión al daño refuerza la automatización de la conducta violenta y contribuye a su normalización dentro del grupo (Fried et al., 2015).

En conjunto, estos mecanismos neuropsicológicos coinciden con los síntomas descritos en el Síndrome “E”, evidenciando cómo la violencia puede adquirir un carácter rutinario, estable y autoperpetuado en el tiempo (Fried, 2017; Rosell y Siever, 2015).

IDEOLOGÍA, MORAL Y JUSTIFICACIÓN DEL DAÑO

La ideología desempeña un papel central en la configuración de la moral dentro del terrorismo, transformando emociones individuales en un marco coherente que justifica el daño y la violencia (Atran, 2010). Desde la perspectiva del Síndrome “E”, esta racionalización no es un complemento, sino un elemento fundamental: la violencia se percibe como un acto moralmente correcto, necesario y legitimado por principios superiores (Fried et al., 2015; Rosell y Siever, 2015).



Los discursos ideológicos extremistas suelen incorporar teorías conspirativas que explican los problemas del mundo atribuyéndolos a culpables externos, generando un enemigo colectivo claramente definido y legitimando la agresión contra él (Fiske, 2013; Atran, 2016). A esto se suma la imposición de dogmas de verdad absoluta, que eliminan el pensamiento crítico y refuerzan la aceptación acrítica de normas, órdenes y conductas violentas (Zimbardo, 2007).

El fatalismo histórico constituye otro recurso recurrente, ya que la violencia se presenta como inevitable, como parte de un proceso predestinado o de una lucha histórica que no admite alternativas pacíficas (Atran, 2015). Esta percepción reduce la responsabilidad personal y convierte el acto agresivo en un deber casi automático dentro del marco temporal y cultural del grupo (Zimbardo, 2007).

Además, las ideologías extremistas suelen prometer recompensas trascendentes, que van desde la obtención del paraíso o la liberación de un pueblo hasta la realización de una justicia absoluta, transformando la violencia en un medio para alcanzar fines elevados y moralmente valorados por el grupo (Atran, 2010; Fried, 2017).

Cuando estos elementos convergen, la ideología redefine por completo la moral del individuo, haciendo que incluso el asesinato se perciba como un acto superior y eliminando cualquier conflicto interno. De este modo, se alinea plenamente con las características del Síndrome “E”, donde la violencia no solo se normaliza, sino que se integra como un componente central de la identidad y la acción del sujeto (Fried et al., 2015; Rosell y Siever, 2015).

EL TERRORISMO COMO EXPRESIÓN ESTRUCTURADA DEL SÍNDROME “E”

El terrorismo puede entenderse como una expresión estructurada del Síndrome “E”, dado que muchas de sus prácticas coinciden con los mecanismos psicológicos y sociales que este describe (Fried et al., 2015; Atran, 2016). La deshumanización, por ejemplo, se manifiesta en la propaganda que niega la humanidad del enemigo, transformando a personas concretas en símbolos abstractos de amenaza o corrupción y facilitando así la violencia sin conflicto moral (Fiske, 2011; Rosell y Siever, 2015).

La obediencia extrema se observa en el culto al líder o a la causa, donde las jerarquías rígidas y la autoridad del grupo suplantán el juicio individual y generan una internalización profunda de órdenes y normas (Milgram, 1974; Fried et al., 2015). La ideología rígida se refleja en doctrinas absolutas y anti-críticas, que eliminan la reflexión autónoma y construyen un marco moral cerrado en el que la violencia se percibe como legítima y necesaria (Atran, 2015; Fiske, 2013).

Asimismo, la violencia repetitiva se convierte en un patrón operativo mediante atentados seriales o campañas prolongadas, normalizando el daño y automatizando las conductas agresivas (Fried et al., 2015; Raine, 2013). La supresión emocional se cultiva a través de entrenamientos militares o ideológicos que desensibilizan al individuo frente al sufrimiento ajeno, mientras que la racionalización del daño encuentra su expresión en justificaciones religiosas, políticas o identitarias que convierten la violencia en un acto moralmente aceptable e incluso valorado dentro del grupo (Rosell y Siever 2015; Volavka, 1999).

En conjunto, estas dinámicas muestran que el terrorismo no es solo un fenómeno violento aislado, sino una institucionalización deliberada del Síndrome E, en la que sus mecanismos se diseñan, refuerzan y amplifican para sostener la violencia de manera sistemática y prolongada (Fried et al., 2015; Atran, 2016).

IMPLICACIONES PARA LA PREVENCIÓN

Comprender el Síndrome “E” proporciona herramientas fundamentales para diseñar estrategias de prevención frente a la radicalización y el terrorismo, al permitir identificar los mecanismos que facilitan la violencia sistemática (Fried et al., 2015; Atran, 2016).

Una de las principales medidas consiste en la educación crítica, que fomenta el pensamiento autónomo, el análisis riguroso de la información y la capacidad de cuestionar doctrinas rígidas, reduciendo así la vulnerabilidad a la adhesión a ideologías extremistas (Fiske, 2011; Fiske, 2013). De manera complementaria, los programas comunitarios fortalecen la integración social y el sentido de pertenencia en entornos saludables, disminuyendo el aislamiento que suele preceder a la radicalización (Atran, 2015).

La vigilancia de discursos deshumanizantes constituye otro eje esencial de prevención, ya que la propagación de narrativas que niegan la humanidad del otro puede funcionar como un indicador temprano de escaladas violentas (Rosell y Siever, 2015). En paralelo, las contranarrativas ofrecen relatos alternativos que desmontan las visiones polarizadas de los extremistas y presentan perspectivas más inclusivas y críticas del mundo, contribuyendo a desarticular la lógica del “nosotros contra ellos” (Berns, 2008; Elliott, 2002).

Finalmente, las intervenciones psicológicas centradas en fomentar la empatía, el razonamiento moral y la comunicación emocional permiten contrarrestar los procesos internos que sostienen la violencia, proporcionando a los individuos herramientas para regular sus emociones y evaluar críticamente sus acciones (Raine, 2013; Volavka, 1999).

Integradas, estas estrategias abordan tanto los factores individuales como los sociales, creando un enfoque preventivo que busca desactivar los mecanismos del Síndrome E antes de que se consoliden en conductas violentas (Fried et al., 2015; Atran, 2016).

CONCLUSIONES

El Síndrome “E” proporciona un marco conceptual valioso para comprender la psicología de la violencia extrema y su estrecha relación con el terrorismo, aunque no debe considerarse una explicación definitiva ni exclusiva (Fried et al., 2015; Atran, 2016). Este enfoque ofrece una visión integradora que trasciende la idea de patología individual, mostrando cómo la violencia sistemática puede surgir como una alteración funcional inducida por la convergencia de ideologías rígidas, estructuras organizativas jerárquicas y dinámicas sociales específicas (Raine, 2013; Volavka, 1999). Al enfatizar los procesos colectivos y la internalización de normas grupales, el Síndrome “E” permite entender cómo individuos ordinarios pueden convertirse en agentes de actos atroces, percibiéndolos como moralmente correctos y necesarios (Atran, 2015; Fried et al., 2015).

Desde esta perspectiva, el terrorismo no se reduce a un fenómeno político o estratégico; constituye un proceso de transformación mental colectiva que inhibe la empatía, refuerza la obediencia incondicional, legitima la violencia y redefine la identidad individual en función de un propósito percibido como superior (Rosell y Siever, 2015; Fiske, 2011). Los mecanismos identificados por el Síndrome “E” —deshumanización del enemigo, supresión emocional, automatización de la violencia, adhe-



-sión a ideologías absolutas y justificación racional del daño— explican cómo la acción violenta puede normalizarse y perpetuarse dentro de grupos organizados, consolidando patrones de comportamiento que serían impensables en contextos sociales ordinarios (Fried et al., 2015; Berns, 2008).

El estudio conjunto de neurociencia, psicología social y procesos de radicalización ofrece oportunidades para desarrollar estrategias más efectivas de prevención, educación y desradicalización (Elliott, 2002; Atran, 2016). Intervenciones centradas en la restauración de la empatía, el fomento del pensamiento crítico, la pluralidad cognitiva y la capacidad de cuestionar normas rígidas pueden contrarrestar los efectos de estos mecanismos, evitando que la violencia se consolide como rutina operativa (Fiske, 2013; Raine, 2013).

En un mundo cada vez más polarizado, comprender en profundidad estos procesos resulta esencial no solo para prevenir la radicalización individual, sino también para proteger a comunidades y sociedades enteras de caer en dinámicas de violencia extrema, promoviendo culturas de diálogo, inclusión y responsabilidad moral compartida (Atran, 2015; Volavka, 1999).

REFERENCIAS

- Atran, S. (2015). *Talking to the enemy: Violent extremism, sacred values, and what it means to be human*. Penguin.
- Atran, S. (2016). The devoted actor: Unconditional commitment and intractable conflict across cultures. *Current Anthropology*, 57, S192–S203.
- Berns, G. S. (2008). *Iconoclast: A neuroscientist reveals how to think differently*. McGraw-Hill Education Ltd.
- Elliott, A. K. (2002). Cognitive antecedents of violence and aggression. In K. A. Miczek & A. Meyer-Lindenberg (Eds.), *Neuroscience of aggression* (pp. 45–68). Springer.
- Fiske, S. T. (2011). *Envy up, scorn down: How status divides us*. Russell Sage Foundation.
- Fiske, S. T. (2013). Warmth and competence: Stereotype content issues for clinicians and researchers. *Psychology of Sexual Orientation and Gender Diversity*, 1(1), 79–83.
- Fried, I.; Berthoz, A; Mirdal, G. (Eds.). (2015). *The brains that pull the triggers: Syndrome “E”*. Odile Jacob.
- Miczek, K. A.; Meyer-Lindenberg, A. (Eds.). (2002). *Neuroscience of aggression*. Springer.
- Milgram, S. (1974). *Obedience to authority*. Harper & Row.
- Raine, A. (2013). *The anatomy of violence: The biological roots of crime*. Pantheon Books.
- Rosell, D. R.; Siever, L. J. (2015). The neurobiology of aggression and violence. *CNS Spectrums*, 20(3), 254–279.



Tajfel, H.; Turner, J. C. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. In S. Worchel & W. G. Austin (Eds.), *Psychology of intergroup relations* (pp. 7-24). Nelson-Hall.

Volavka, J. (1999). The neurobiology of violence: An update. *Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences*, 11(3), 307-314.

Zimbardo, P. G. (2007). *The Lucifer effect: Understanding how good people turn evil*. Random House.